

terio (1). Tuvo la misma suerte la abadía de Monte-Casino, que había resistido á los infieles en tiempo del abad Bassacio, predecesor de Berthier, que estaba al frente de ella al tiempo de esta segunda invasión. Acababa este último de fortificar el monasterio superior con murallas y torreones que formaban una fortaleza respetable; y al rededor del monasterio de abajo había principiado á levantar una ciudad, con la que al parecer quedaba libre de todo insulto. Pero nada resistió al furor y codicia de los árabes (884), que violentaron y robaron todos estos asilos. Murió á sus manos el abad Berthier con un gran número de monges, y los que consiguieron fugarse se retiraron con sus escrituras á una casa religiosa ó priorato, fundado mucho tiempo antes en Theano en honor de San Benito. Estas victorias de los sarracenos y las riquezas de que se apoderaron, enardecieron mucho su arrojo, y Roma quedó mas espuesta que nunca á sufrir los efectos de su audacia. El santo Pontífice Adriano se estremeció al considerar el riesgo en que estaba este santuario de la Religion, y pidió socorro á los príncipes franceses, resolviendo para interesarlos mas eficazmente el ponerse en camino con el objeto de hablar por sí mismo sobre este asunto al emperador Carlos el Craso. Mas espiró en el viage en el mes de setiembre del año 885, siendo enterrado en la abadía de Nonantula, en donde le honraron como Santo.

A fines del mismo mes, es decir, luego que se supo en Roma la muerte de Adriano, se puso en su lugar á Esteban V, también romano, presbítero del título de los cuatro Coronados, de familia noble y de un ejemplar desinterés. Opúsose con todas sus fuerzas á su elevación, de suerte que para llevarle al trono pontificio fué necesario rom-

(1) Chron. S. Vinc. et Cassin.

per las puertas de su casa donde se había encerrado, y desde la que daba voces diciendo que era indigno del honor que le dispensaban (1). Mas sus gritos aumentaron el empeño que tenían de conducirlo al palacio pontificio. Parecía que aprobaba el cielo esta elección, porque antes de llegar al palacio de Letran cayó súbitamente y contra toda esperanza una lluvia copiosa que aminoró en gran manera los males causados por una larga sequía. Aflicción á los habitantes una multitud extraordinaria de langostas que asolaban el país, se puso el Pontífice en oración, bendijo una porción de agua, la mandó distribuir entre el pueblo, y no tornó á aparecer ninguno de aquellos insectos por los sitios por donde echaron aquella agua bendita. La caridad y la piedad eran las virtudes que mas resplandecían en este Pontífice. Alimentaba á los huérfanos como si fuesen hijos suyos, y nunca se ponía á comer sin tener algunos de ellos á la mesa. Como cuando se verificó su exaltación al pontificado estaban disipados casi todos los bienes de la Iglesia, distribuyó liberalmente su rico patrimonio. Celebraba misa todos los días, y dedicaba á la oración ó al rezo de los salmos todo el tiempo que le dejaban libre las funciones de la caridad y de la solicitud pastoral. Dedicóse principalmente á buscar los hombres mas ilustrados y virtuosos para contar con ellos en el gobierno de la Iglesia, pues ya aún antes de sentarse en la Silla Apostólica había conocido cuán necesario era este socorro.

El emperador de Oriente había dirigido al Papa Adriano varias cartas que llegaron á Roma despues de su fallecimiento. No desistía Basilio del proyecto de que los sucesores de San Pedro aprobasen el restablecimiento de Focio; y con una violencia

(1) Anast. in Steph. V.

que era muy agena de su carácter, se explicaba del modo mas indecoroso contra los Papas Adriano y Marin. En la respuesta que dió Esteban á este príncipe, procuró reducirle á su moderación natural; pero por una fatalidad semejante á la de la primera carta, no llegó la respuesta á Constantinopla hasta despues del primer día de marzo del año 886, en que Basilio, llamado el Armenio, murió de resultas de una herida que le había hecho un ciervo en la caza. Era un príncipe digno de los mejores tiempos del imperio, al que hizo respetable en medio de su decadencia, protegiendo á la Iglesia y honrando á los eclesiásticos en todas ocasiones; estaba dotado de una rara prudencia y de una virtud que hacia mucho tiempo tenía pocos ejemplares en el trono que ocupaba; en una palabra, sería irreprochable si no hubiera encontrado en Focio, que estaba defendido por la mayor parte de los obispos de Oriente, uno de aquellos escollos en que parece imposible dejar de estrellarse atendido el curso ordinario de las cosas humanas.

Constantino, hijo primogénito de Basilio, había muerto algun tiempo antes que su padre. La piedad del príncipe Esteban fué causa de que se le destinase al estado eclesiástico, donde se sostuvo su virtud con una constancia que le mereció entre los griegos el nombre y veneración de Santo. De este modo Leon, hijo segundo de Basilio, subió sin competidor al trono imperial, donde su sabiduría y amor á las letras le adquirieron el renombre de Filósofo. Había sido coronado en el año 870; pero un monje hipócrita, aun mas malvado si es posible que Focio, á quien por lo mismo se hizo necesario, indispuso al padre con el hijo, y aun puso en el mayor peligro la vida del joven emperador. Aquel hombre detestable, llamado Teodoro y apellidado Santabareno, tomando este nombre del apóstata que le

engendró, había llegado á la dignidad de abad, y despues á la de arzobispo de Euchaita por la protección de Focio. El patriarca cismático conocía las grandes ventajas que podía proporcionarle este malvado, y así le canonizaba en vida. Aunque él mismo procuraba cubrirse con la máscara de la santidad, veía no obstante que el emperador, á quien no se ocultaba su gran talento y sabiduría, no estaba muy persuadido de su virtud. Quiso pues valerse de la buena opinión que le era mas fácil inspirar en orden á Teodoro, haciendo que se le mirase como un santo y un verdadero profeta. No pudiendo sufrir el príncipe Leon que se burlasen de este modo de la Religion de su padre, hablaba del supuesto santo, siempre que se presentaba la ocasión, como de un falso devoto y un miserable seductor (1). Santabareno que entendía perfectamente el modo de conducirse en la corte, afectaba al contrario hablar siempre bien del joven emperador, y aparentaba los mas vivos deseos de conservarle la amistad y confianza de su padre.

Llevado de su pérfido designio, dijo un día á Leon: «atendiendo á la edad que teneis ya, convendría que cuando acompañais en la caza al emperador vuestro padre, lleváseis con que defenderle en caso necesario.» Cayó Leon en el lazo; y á la primera ocasión que se presentó de salir con el emperador, se armó de un cuchillo y le ocultó en un borceguí. Inmediatamente fué Santabareno á decir al emperador Basilio: «Vuestro hijo Leon quiere quitaros la vida; si lo dudais, haced que se quite los borceguies.» Estando los dos príncipes algo distantes de la ciudad, ejecutó Basilio lo que le había aconsejado Santabareno, y en efecto se descubrió el cuchillo. Como nadie se armaba de esta suerte sino en tiempo de

(1) Vit. Basil. pag. 212.

guerra, se creyó que estaba convicto el joven emperador: se le quitaron los borceguies encarnados que eran una de las insignias imperiales, y se le puso en una prisión donde permaneció mucho tiempo á pesar de las representaciones del Senado. El cruel calumniador llegó al extremo de escitar á Basilio, aunque inútilmente, á que hiciese sacar los ojos á su hijo. En fin, disipadas en parte las sospechas con el transcurso del tiempo, volvió á renacer el amor paternal por una de aquellas causas, que pareciendo tener poco ó ningun influjo, suelen producir las mudanzas mas inesperadas. Estando comiendo Basilio con los senadores, repitió muchas veces un papagayo estas palabras: ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡Pobre Leon! No pudieron los convidados contener las lágrimas, bien que ninguno de ellos se atrevió á interesarse por el desgraciado príncipe. Pero habiéndose enternecido el emperador mas que todos, envió inmediatamente por su hijo y quedaron reconciliados.

El primer cuidado del joven príncipe, luego que se vió único dueño del imperio, fué atender á las necesidades de la Iglesia; y como Focio habia sido ya juzgado mucho tiempo antes por la Silla apostólica, envió el nuevo emperador dos personajes de su corte á la iglesia de Santa Sofia: subieron al púlpito, leyeron públicamente todos los atentados del usurpador cismático, le arrojaron de la Silla patriarcal, y le llevaron á un destierro (1). Santabareno fué tambien desterrado, despues de haberle azotado cruelmente con varas y de haberle sacado los ojos. Para mostrar que no habia influido la venganza en el modo con que se habia tratado á este infeliz, dispuso el sabio Leon que se le consignase una pensión sobre las rentas de una iglesia. En efecto, el verda-

(1) Sim. Mag. núm. 1.

dero motivo que tuvo el príncipe para proceder con el rigor que hemos dicho, fué la seguridad que se le habia dado de que Focio y Santabareno habian resuelto colocar en el trono á un pariente de Focio; Santabareno habia prometido que confundiria públicamente al autor de esta conspiracion; pero cuando llegó el caso del careo, no pudo resistir al ascendiente que tomaba aquel gran corruptor en semejantes circunstancias decisivas; y por no desagradarle quiso mas bien esponerse á todos los efectos de la indignacion imperial, negando descaradamente todo lo que antes habia asegurado.

Despues de haber castigado á estos dos delincuentes, hizo el emperador que ocupase la Silla de Constantinopla su virtuoso hermano el príncipe Esteban, el cual fué consagrado á fines del año 886 por Teófanes de Cesarea, prototrono, esto es, primer sufragáneo del patriarcado. De este modo recobró el exarca ó gran metropolitano de Capadocia la preferencia de que poco antes le habia despojado Focio en favor de la Silla de Euchaita, ó por mejor decir, del odioso Santabareno que la ocupaba. No se tardó en dar cuenta al Sumo Pontífice de todo lo que se habia hecho á fin de obtener su aprobacion, con la dispensa de las leyes á que habia sido casi imposible conformarse exactamente en una revolucion tan repentina (1), y se pidió con especialidad la dispensa y la absolucion para el patriarca Esteban que habia recibido de Focio el orden del diaconado. Todos estos objetos importantes exigian circunspeccion y unas informaciones que retardaron bastante su despacho, de forma que no quedó concluido el asunto hasta despues de tres años.

Focio vivió hasta este tiempo, en que se presume que dejó de vivir porque dejó de escribir y de intrigar contra la autoridad

(1) Tom. 8 Concilior. p. 1410.

de la Iglesia romana. Este famoso sectario ha dejado muchos escritos, algunos de los cuales pasan por obras maestras de esquisite gusto y de gran discernimiento y erudicion. Los mas considerables son la Biblioteca y el Nomocanon ó coleccion de todos los cánones recibidos en la iglesia griega desde los de los Apóstoles. Los monumentos que nos ha transmitido de la antigüedad sagrada y profana con el titulo de Biblioteca, son tanto mas apreciables, cuanto que de doscientos y ochenta autores de quienes hace extractos muy juiciosos y fieles, la mayor parte se perdieron despues. Su cisma, contando hasta su muerte, duró mas de treinta años; pero se puede fijar el término de él en el primer año del reinado de

Leon el Filósofo, si es que la separacion de los griegos, preparada muy de antemano por el espíritu de rivalidad y de celos, apresurada por las heregias que habian degenerado en una especie de irreligion, y decidida en fin por la audacia y los artificios del partidario mas seductor, tuvo una interrupcion real y que merezca alguna atencion desde el punto en que empezó á manifestarse, supuesto que el cuerpo de la iglesia oriental, no de otro modo que el de un enfermo curado solamente en la apariencia, conservaba en su seno las semillas de su corrupcion, y solo gozaba de una débil convalecencia que á la primera recaída tenia naturalmente que conducirle á la muerte.